

siones en las que se centra sobre todo en la imposibilidad de ligar la evolución lingüística y la cultural. Asimismo insiste sobre temas ya tratados a lo largo del libro como la analogía y el reanálisis y las relaciones que se pueden establecer entre los cambios gramaticales y los semánticos y morfológicos.

Como se ha visto, R.A. se separa en todo momento de posturas extremistas que alejan elementos o aspectos fácilmente compenetrables en ocasiones y cuya colaboración puede redundar en un progreso lingüístico: aspectos sincrónicos y diacrónicos; paradigmáticos y sintagmáticos y aspectos fónicos, gramaticales y semánticos.

Hay que celebrar, pues, que el profesor Ridruejo ofrezca, a través de este libro, la posibilidad de obtener una visión completa del cambio gramatical. Bueno sería que este hecho repercutiera en un incremento de trabajos sobre sintaxis histórica del español, aspecto tan olvidado de nuestra lengua y necesitado de un estudio sistemático.

Cristina Tabernero Sala  
Universidad de Navarra

SABIDO, Vicente, *Antología poética (1975-1990)*, Excmo. Ayuntamiento de Mérida, 1990, 125 págs.

Con la aparición de la *Antología poética* de Vicente Sabido queda abierta ante el lector y el estudioso la posibilidad de asomarse al personalísimo mundo poético de un autor insuficientemente reconocido en nuestro panorama literario.

La antología recoge algunos de los más significativos poemas de los anteriores libros de Sabido: *Aria* (1975), *Décadas y mitos* (1977), *Sylva* (1981), y *Adagio para una diosa muerta* (1988), así como diez composiciones de una obra inédita que llevará por título el conocido verso de San Juan de la Cruz *Aunque es de noche*, cerrándose con una conversación mantenida entre el autor y el poeta y crítico Miguel d'Ors, en la que en tono distendido se tratan varios aspectos de la obra del primero.

Si echamos un vistazo a la trayectoria de Vicente Sabido (Mérida, 1953), vemos que es un autor que, habiendo permanecido fiel a una línea fundamentalmente intimista —en la que, como veremos, no dejan de sucederse y sintetizarse elementos varios—, comienza en el

surrealismo para depurar después su verso en formas más tradicionales.

De su primer libro, *Aria*, cabe destacar el que ya ha sido calificado de «whitmaniano» «Canto solar», largo poema en prosa pletórico de entusiasmo, de alcance cosmológico e incluso panteísta.

Pese al citado poema y al acierto en la aprehensión de intuiciones profundas recogidas en versos como «Cuando muere un niño muere el universo/ y el presente se cierra, pobre erizo abatido» —de la serie «Elegía en diciembre»— o «Morir es despertar más allá del espejo» —del poema «Sur»—, se trata de una obra todavía juvenil, aunque muy interesante para el conocedor del conjunto de la producción de Sabido, ya que la estética surrealista a la que aparece vinculada le sirvió para bucear en su interioridad y encontrar una voz propia. De ahí que la huella del surrealismo, del mejor surrealismo sometido a un escrupuloso cuidado de la forma, pueda atisbarse en el resto de la antología, especialmente en la creación de atmósferas, pues Sabido es sin duda un singularísimo creador de atmósferas.

Su poesía, sin embargo, no se consolida hasta *Décadas y mitos*, título significativo, ya que en la obra se funden la nostalgia por los años de infancia y adolescencia y la crítica de un determinado momento histórico: la posguerra española.

El poeta da muestras de una sensibilidad fuertemente receptiva a los motivos neorrománticos y de una marcada actitud simbólica vetada de planteamientos metafísicos, como se aprecia ya en la primera composición, «La casa solariega». No falta tampoco una mirada atenta y minuciosa que casi podría ser calificada de empirista: «mis ojos se detienen en la araña/ en la pequeña hormiga, en el albero/ que estofa de oro viejo los caminos», leemos en «Regreso al sur». Es precisamente esta pluralidad, unida por supuesto a un extraordinario dominio de sus recursos —el autor, por otra parte, ha dejado el versolibrismo en favor del heptasílabo, el endecasílabo y, en ocasiones, el alejandrino— lo que le permite ofrecer una visión totalizadora de la realidad.

Del hecho de que *Décadas y mitos* reúna el recuerdo de una experiencia personal y generacional deriva el sentido a la vez social y existencial de la obra, así como el tono oscilante entre lo elegíaco y lo satírico. Ambos aspectos se hallan deslindados con cierta nitidez en el poema «Retrato» —que por cierto aparece dividido expresamente en dos partes— y se encuentran indiscerniblemente unidos en piezas

como «Rain and tears» o las dos composiciones que dan nombre al poemario.

En este libro queda también fijada la variada temática del autor: la lamentación por la pérdida del paraíso de la infancia, la exaltación del sentimiento amoroso, la sátira de un sector muy característico de la burguesía —tratado de modo irónico e incluso sarcástico en «Escena silvestre»— la concepción del siglo XX como consecuencia del proyecto fallido de la ilustración —expresada mediante una eficaz superposición espacio-temporal en «Jardín neoclásico»—, en medio de cuya escoria se erige el poeta como «Señor de la ruina» —tengamos en cuenta que Sabido ha manifestado su intención de hacer de *Décadas...* una *Waste Land* en español— etc.

Pero lo más relevante es que a partir de éste su segundo libro la estética novísima de *Aria* queda asimilada en una inconfundible voz propia, que a su vez recoge los ecos de los clásicos españoles y los modernos ingleses —en especial Eliot—, sin excluir las mejores aportaciones de la poesía española de nuestro siglo.

Es quizá el equilibrio en este juego de tensiones lo que ha llevado a Miguel d'Ors a hablar del sentido clásico de la poesía de Sabido.

En *Sylva*, se acentúa lo lírico —aunque tampoco faltan notas de crítica social (en «Rebeldes del 60», por ejemplo)— y con ello se incrementa la ya aludida presencia de motivos neorrománticos, patente en títulos como «Spleen» o «Ante un retrato oval», así como la musicalidad que siempre ha caracterizado la poesía de Sabido.

Comentario aparte merecerían «*Sylva*» y «Adagio para una diosa muerta». «*Sylva*» es un largo poema amoroso, cuyas distintas partes se puede decir que se articulan entre sí como lo hacen los distintos movimientos de una sinfonía, y en el que los elementos sentimentales y los meditativos quedan perfectamente integrados. «Adagio para una diosa muerta», por su parte, constituye un canto a Mérida, tierra natal del poeta. Sabido nos introduce, casi sin que lo advirtamos, en una atmósfera cargada de magnetismo, que crea con una maestría indiscutible, mediante una serie de procedimientos —imágenes visionarias, gradaciones, etc.— que deben mucho al surrealismo. Reproducimos las dos primeras estrofas: «Otoño era un estanque de luz dorada y vieja/. Era un abrazo seco de viento y hojarasca./ Era un paisaje blanco de fuestes derrocados/ cantando sin palabras por una diosa muerta./ Era roja la luna. Eran las noches tibias./ Eran los

hombres gritos de amor o desengaño./ Era la tierra vino, sudor y sed, sarmientos/ cantando sin palabras por una diosa muerta».

«Adagio...» es también una pieza interesante porque cierra una serie de cinco poemas históricos, anunciada en *Décadas...*, concretamente en el poema «Antepasados», y preludia el poemario siguiente, al que da título. En éste, con una mirada básicamente intrahistórica, el poeta se traslada a distintos momentos del pasado de Mérida. Tanto en el poema histórico como en éste que hemos dado en llamar «intrahistórico», es la inquietud por la condición humana la que late por debajo de los aspectos descriptivos, enlazando con la idea de Borges, recordada por Sabido en el epílogo, de que cada hombre es todos los hombres.

En los últimos poemas recogidos en la antología —de entre los que cabe mencionar el que lleva el unamuniano título de «Intrahistoria»— se advierte una mayor innovación estilística, aún dentro de un cierto clasicismo formal.

Para concluir, diremos que es la de Sabido una poesía —tomando las palabras con que Luis Rosales calificó la obra de Garcilaso— «formalmente contenida, pero apasionada en su dolorido sentir». De ahí el equilibrio entre emoción y contención que la caracteriza.

Francisca Fernández Siles  
Universidad de Granada

MARTINELL GIFFRE, Emma, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*, C.S.I.C., Madrid, 1988.

Es abundante la bibliografía existente sobre el contacto lingüístico entre nativos y españoles a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo que se ocupa del tema, bien para analizar la fragmentación lingüística previa a éste, bien desde el punto de vista histórico.

Frente a estas obras, E.M.G. pretende con su libro *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista* contribuir, según sus propias palabras, «a un mejor conocimiento de la comunicación verbal» (p.2) y, más aún, de la comunicación signica que precede a ésta y su grado de eficacia, propósito que la autora consigue.

En la introducción se describe la estructura del libro y se indica que los textos utilizados —forzosamente información procedente de los colonizadores— provienen de la pluma de hombres que «fueron historiadores, geógrafos y etnógrafos sin tener formación para ello»